

volar sus caballos, cuando se oyó el galope de una partida de caballería que llegaba por el mismo camino que habían traído.

— Huid, general, dijo el duque; nos han vendido.

— ¿Y vos, monseñor?

— Os digo que huyáis ó sois perdido, y si es preciso, os o mando en nombre de mi padre.

— De orden del emperador, deteneos, gritó una voz.

— Ya lo oís, dijo el duque; huid; os lo mando, os lo suplico.

— Vuestra mano, monseñor.

El duque alargó su mano por la portezuela, el general la besó, y hundiendo después las espuelas en el vientre de su caballo y soltándole las riendas, se lanzó por encima del pretil del puente.

Oyóse el ruido de caballo y jinete al caer en el río, y después nada.

La noche era demasiado oscura para que se pudiera saber lo que había sido de ellos.

El duque fué conducido á Viena, al palacio del emperador.

— ¿Y pensáis, preguntó Salvador, que fué una simple casualidad lo que hizo volcar el carro y lo que llevó allá á esos soldados?

— Es posible; pero no es ese el parecer del duque de Orleans. Cree que la policía de Mr. de Metternich ha sido avisada por la policía francesa. Pero, en fin, ya estáis avisado... Prudencia.

El general hizo parar su carruaje.

— No tengáis cuidado, general, dijo Salvador.

Pero como dudase en bajar.

— ¿Y bien? le preguntó el general.

— ¿Me concederéis, al dejaros, el mismo favor que el duque de Reichstadt concedió al general Le Bastard de Premont?

Y tomó la mano del general para besársela.

Pero éste, retirando su mano y abriendo los brazos: Abrazadme, y besad en nombre mío la mano de la primera hermosa que encontréis.

Salvador abrazó al general y se apeó del carruaje, que continuó su camino hacia el Luxemburgo.

En cuanto á Salvador, volvió por la calle Delfina y el puente de las Artes.

El fiacre esperaba en la esquina del pretil y de la plaza de San Germán l'Auxerrois.

La angustia del pobre Domingo hubiera sido terrible, si el general Lafayette le hubiera contado á él lo que acababa de referir á Salvador.

CAPÍTULO VII.

INFORMACIONES INÚTILES (CONTINUACIÓN).

Salvador, en dos palabras, anunció la ausencia de Mr. Jackal á Domingo, y sin decirle lo que le había hecho entretenerse, le explicó la causa de su tardanza.

Ya hemos dicho que Salvador sabía dónde hallar á Mr. Jackal.

En efecto, sin vacilación ninguna mandó al fiacre que fuera á colocarse con Domingo en la esquina de la calle Nueva del Luxemburgo, y él tomó por el patio del Louvre

en tanto que el fiacre, bajando los pretiles, se dirigía á la calle de San Honorato.

Como había previsto, desde la iglesia de San Roch hasta la calle de San Honorato, estaba lleno de gente.

Hay en París los curiosos del día y los del día siguiente.

Los curiosos del día, que toman parte en el acontecimiento.

Y los del siguiente día, que van á visitar el teatro del suceso.

Así que, diez ó doce mil curiosos del siguiente día visitaban, con sus mujeres y sus hijos, el teatro del suceso de la vispera.

Se hubiéra dicho que era un paseo á Saint-Cloud ó á Versailles, en un día festivo.

En medio de estos curiosos era donde Salvador esperaba encontrar á Mr. Jackal.

Lanzóse, pues, en medio del gentío.

No diremos, antes de llegar á la calle de la Paz, cuántas miradas se habían cruzado con la suya, cuántas manos habían también estrechado su mano, y sin embargo, sin cambiar una palabra; solo un gesto que significaba:

— Nada.

Enfrente del *Hotel Mayence*, Salvador se detuvo.

Acababa de encontrar lo que buscaba.

Vestido con un gabán á lo propietario, cubierto con un sombrero á lo Bolívar, su paraguas debajo del brazo, y tomando un polvo de su tabaquera de la carta, Mr. Jackal peroraba y contaba, enfáticamente por supuesto, con gran desventaja para la policía, los acontecimientos de la vispera.

En el momento en que Mr. Jackal acababa de levantarse los anteojos, su mirada se cruzó con la de Salvador.

Esta mirada parecía impasible, y sin embargo, Salvador comprendió que Mr. Jackal le había visto.

En efecto, un instante después, la mirada de Mr. Jackal volvió á tomar la misma dirección, y esta mirada expresaba la siguiente pregunta:

— ¿Tenéis algo que decirme?

— Si, respondió Salvador del mismo modo.

— Entonces, caminad delante, que os sigo.

Salvador echó á andar, y se metió bajo una puerta cochera.

Mr. Jackal le siguió.

Salvador se dirigió á él y le saludó con una ligera inclinación de cabeza, pero sin darle la mano.

— ¿Me creeréis, Mr. Jackal, si os digo que era á vos á quien buscaba?

— Os creo, Mr. Salvador, le dijo el jefe de la policía con su más fina sonrisa

— La casualidad me ha servido maravillosamente; vengo de la prefectura.

— ¿De veras? dijo Mr. Jackal: os habéis tomado la molestia de pasar por mi casa.

— Si, y vuestro portero lo puede atestiguar. Sólo que como no me podía decir dónde podría encontraros, me ha sido preciso adivinarlo, y me he echado á buscaros, confiado en mi buena estrella.

— ¿Tendré la dicha de poder serviros en algo, Mr. Salvador? preguntó Mr. Jackal.

— ¡Ah! Dios mío, sí; respondió el joven: vos podéis tener esa dicha como decís, si es que queréis servirme.

— Mi querido Mr. Salvador, sois demasiado avaro de estas ocasiones, para que yo la deje escapar.

— Hélo aquí, dijo Mr. Salvador: es muy sencillo,

como vais á juzgar por vos mismo. Ayer, en la revuelta que hubo, fué preso un amigo de un amigo mío.

— ¡ Ah ! dijo Mr. Jackal.

— ¿ Os admira ? dijo Salvador.

— No, porque he oído decir que se habían hecho ayer un gran número de prisiones. Ponedme en camino, Mr. Salvador.

— Es muy fácil ; os lo he enseñado en el momento en que lo prendian.

— ¡ Ah !... ¿ es justamente de ése ?... Cosa extraña...

— ¿ Le reconoceréis entre los prisioneros ?

— No os lo puedo asegurar : tengo la vista tan débil...

Si queréis ayudarme, diciéndome su nombre...

— Se llama Dubreuil.

— ¿ Dubreuil ?... Aguardad, dijo Mr. Jackal, pegándose con la mano en la frente, como un hombre que trata de coordinar sus ideas : Dubreuil, sí, sí... yo reconozco ese nombre.

— Si es que tenéis necesidad de más señas, puedo buscaros entre la gente á los dos agentes que le han preso. Tengo tan presentes sus caras, que los conocería fácilmente entre la muchedumbre.

— ¿ Creéis ?

— Tanto más, cuanto que los había ya observado en la iglesia.

— No, es inútil : ¿ deseáis saber algo sobre ese desgraciado ?

— Desearia saber simplemente, por qué causa ha sido preso ese desgraciado, como vos lo llamáis.

— ¡ Ah ! eso no puedo deciroslo en este momento.

— En todo caso, ¿ podréis decirme al menos dónde se halla ?

— En el depósito, naturalmente, si es que algún cargo particular no ha hecho que lo trasladen á la Conserjería ó á la Fuerza.

— Vaga es la noticia.

— Qué queréis, Mr. Salvador, me cogéis desprevenido.

— ¿ Y cuándo se os coge á vos desprevenido, Mr. Jackal ?

— ¡ Oh ! ya decís lo que los demás. Porque se me llama Mr. Jackal, ya queréis sacar analogías con mi nombre.

— Diablo, es tal vuestra reputación.

— Pues bien, yo soy lo contrario de Figaro. Valgo menos que mi reputación, os lo juro. No soy más que un buen hombre, y en eso cabalmente consiste mi fuerza. Me creen sagaz, astuto, y temen. El día en que un diplomático no mienta, engañará á sus compañeros, porque jamás podrá creer que dice la verdad.

— Vamos, mi querido Mr. Jackal, no me queráis hacer creer que habéis dado orden de prender á un hombre, sin saber la causa por la que le mandabais prender.

— Al oiros, cualquiera diria que yo era el rey de Francia.

— No, pero sois el de Jerusalén.

— Virrey y prefecto cuando más. ¿ No reinan antes que yo en mi reino, Mr. de Corbiere y M. Delavau ?

— Según eso, dijo Salvador mirando fijamente al jefe de policia, ¿ rehusáis contestarme ?

— No rehuso, sólo que me es literalmente imposible. ¿ Qué puedo deciros yo ? Que han prendido á M. Dubreuil.

— Sí, á Mr. Dubreuil.

— Bien : sus razones habrá habido para ello.

— Justamente, esas razones es lo que yo os pregunto.

— Habrá turbado el orden...

— No, porque en el momento en que le prendian, visteis, como yo, que por el contrario estaba enteramente tranquilo.

— Le habrán confundido con otro.

— ¿ Sucede eso alguna vez ?

— ¡ Ah ! dijo Mr. Jackal, llenándose las narices de tabaco ; sólo nuestro Santo Padre es infalible.

— Permitidme que comente vuestras palabras, Mr. Jackal.

— Es demasiado honor el que las hacéis.

— ¿ Os es desconocido el hombre á quien han preso ?

— Lo vi ayer por primera vez.

— ¿ Su nombre os es también desconocido ?

— Su nombre de Dubreuil... sí.

— Y la causa de su prisión, ¿ os es también desconocida ?

— Mr. Jackal volvió á dejar caer sus anteojos.

— Completamente desconocida, dijo.

— De lo cual deduzco, continuó Salvador, que la causa de su prisión es poco grave, y que por consecuencia, no será de larga duración.

— ¡ Oh ! ciertamente, respondió con aire paternal Mr. Jackal. ¿ Es esto lo que queríais saber ?

— Sí.

— ¿ Por qué no lo dijisteis antes ? No quiero aventurar el deciros, que tal vez esté en libertad á estas horas el amigo de vuestro amigo ; pero puesto que es vuestro protegido, no tenéis que temer absolutamente nada, y al volver á la prefectura, abriré de par en par las puertas de su prisión.

— Gracias, dijo Salvador, mirando profundamente al policiaño. Según eso, ¿ puedo contar con vos ?

— Es decir, que vuestro amigo puede estar tranquilo.

No tengo en mis apuntes... serios, un solo renglón con el nombre de Dubreuil. ¿ Es eso todo lo que deseáis de mí ?

— Eso es todo.

— En verdad, Mr. Salvador, continuó Mr. Jackal, al ver que el gentío se dispersaba, y que los grupos estaban casi del todo deshechos, que vuestros servicios se parecen mucho á los corrillos sediciosos. Cuando se les cree coger, se os escapan y deshacen entre las manos, como una pompa de jabón.

— Es que á veces, dijo Salvador riendo, los corrillos obligan como los favorés. Hé aqui por qué son tan raros, y por consecuencia, tan preciosos.

Mr. Jackal levantó sus anteojos, miró á Salvador, llenó su nariz de tabaco, y volviendo á bajar aquéllos :

— Asi, pues, dijo.

— Hasta la vista, mi querido Mr. Jackal, respondió Salvador.

Y saludando al polizonte sin darle la mano, atravesó la calle de San Honorato de derecha á izquierda, y fué en busca de Domingo, que le esperaba en su fiacre, en la esquina de la calle nueva del Luxemburgo.

Abriendo la portezuela y alargando entonces las dos manos á Domingo, le dijo :

— Sois hombre, sois cristiano, y por consiguiente, sabéis lo que es el dolor y la resignación.

— ¡ Dios mio ! dijo el monje juntando sus manos blancas y afiladas.

— Pues bien, la posición de vuestro amigo es grave, muy grave.

— ¿ Os ha dicho todo ?

— Al contrario, nada me ha dicho, y esto es cabalmente lo que me espanta. No conoce á vuestro amigo ni aun de

vista ; por la primera vez ha oído ayer pronunciar el nombre de Dubreuil, é ignora la causa de su prisión. Desconfiad de esto, os digo ; la cosa es grave, muy grave.

— ¿ Qué hacer ?

— Volved á vuestra casa ; voy á buscar noticias por un lado ; buscadlas vos por otro y contad conmigo.

— Amigo, dijo Domingo, puesto que sois tan bueno...

— ¿ Qué ? preguntó Salvador mirándole.

— Perdonadme si no os lo he dicho todo.

— Todavía es tiempo, hablad.

— Pues bien, el hombre preso no se llama Dubreuil, ni es mi amigo.

— ¿ No ?

— Se llama Sarranti, y es mi padre.

— ¡ Ah ! exclamó Salvador ; ahora lo comprendo todo. Después, mirando al monje, le dijo :

-- Entrad en la primera iglesia que encontréis, hermano mío, y orad.

— ¿ Y vos ?

— Yo... trataré de obrar.

El monje cogió la mano de Salvador, y antes de que pudiera éste impedirlo, se la besó.

— Hermano, hermano, dijo Salvador, os pertenezco en cuerpo y alma ; pero es preciso que no nos vean juntos. Adiós.

Cerró la portezuela y se alejó rápidamente.

— Á la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, dijo el monje.

Y en tanto que el flacre tomaba el camino del puente de la Concordia con el paso ordinario de un flacre, Salvador subía rápidamente la calle de Rivoli.

CAPÍTULO VIII.

EL ESPECTRO.

La iglesia de Saint-Germain-des-Prés, con un pórtico romano, sus macizos pilares, sus arcos rebajados y su peristilo del siglo VIII, es una de las iglesias más sombrías de París, y por consecuencia una de las que hacen más fácil y completo el aislamiento del cuerpo y el éxtasis del alma.

No sin razón Domingo, el sacerdote indulgente, el hombre austero, había elegido á Saint-Germain-des-Prés para hablar en ella á Dios de su padre.

Oró largo tiempo, y eran ya cerca de las cinco y media de la tarde, cuando salió de ella con las manos perdidas en sus grandes mangas y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Encaminóse lentamente hacia la calle del Pot-de-Fer, esperando, con vaga y tímida esperanza, que su padre, libre ya de su prisión, hubiera ido á buscarlo.

Así que, su primera pregunta á la buena mujer, que desempeñaba para él el oficio de portera y de ama de llaves, fué para informarse si había venido á preguntar por él alguien, durante su ausencia.

— Sí, padre mío, ha venido un caballero.

Domingo se estremeció.

— ¿ Su nombre ? preguntó.

— No me lo ha dicho.

— ¿ No le conocéis ?

— No ; es la primera vez que ha venido.

— ¿Estáis bien segura que no es el mismo que vino á dejarme una carta anteayer?

— ¡ Oh ! no : si fuera ése le hubiera conocido ; no hay dos figuras tan sombrías en todo París.

— ¡ Pobre padre ! murmuró Domingo.

— No, continuó la portera, la persona que ha venido dos veces, una á mediodía y otra á las cuatro, es delgada y calva. Es hombre de unos sesenta años, que tiene ojos muy pequeños y sepultados en el cráneo, y aspecto enfermizo. Además, le veréis probablemente muy pronto, porque ha dicho que iba á dar una vuelta, y que volvería. ¿ Le dejaré subir ?

— Sí, dijo el monje distraído, porque en aquel momento nada le importaba que no fuera su padre.

Y tomando la llave de su cuarto, se dispuso á subir.

— Pero, dijo la buena mujer, señor...

— ¿ Qué ?

— ¿ No os habéis desayunado todavía ?

— No, dijo Domingo con la cabeza.

— ¿ Pero entonces no habéis tomado nada en todo el día ?

— No he pensado en ello. Iréis á buscar cualquier cosa á la fonda ; lo que vos queráis.

— Si vos quisierais, dijo la buena mujer, tengo una buena taza de sopa.

— Bueno.

— Y además, pondría en las parrillas un par de chuletas... esto sería mejor que la comida de la fonda.

— Haced lo que queráis.

— Dentro de cinco minutos os subiré la sopa y las chuletas.

Domingo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y subió la escalera.

Entrado ya en su habitación, abrió la ventana. Los últimos rayos del sol poniente se deslizaban á través de las ramas de los árboles del Luxemburgo.

Había en el aire esa pequeña neblina violada que anuncia la proximidad de la primavera.

Domingo se sentó, apoyó el brazo en el reborde de la ventana, mirando y escuchando el gorjeo de los pajarillos que revoloteaban alegremente antes de retirarse á sus nidos.

La portera, como había prometido hacerlo, subió la sopa y las dos chuletas, y después, sin turbar la meditación del monje, porque estaba acostumbrada á verlo así, colocó delante de él la mesa, y sobre la mesa la comida.

Domingo tenía costumbre de echar migajas de pan en su ventana, y los pajarillos, que estaban acostumbrados á esta comida, corrían á ella, como los clientes romanos á la puerta de Lúculo y de César.

Durante un mes, la ventana había estado cerrada constantemente.

Durante un mes, los pájaros habían llamado en vano á su amigo : durante un mes habían venido inútilmente á posarse en el reborde exterior de aquella ventana y á mirar curiosamente á través de la vidriera.

El cuarto estaba vacío ; Domingo estaba en Penhoel.

Pero cuando los pájaros vieron la ventana abierta, sus gorjeos redoblaron. Hubiérase dicho que se anunciaban unos á otros la noticia.

Por fin, algunos de ellos, de mejor memoria que los demás, se atrevieron á venir á revolotear alrededor de la ventana.

Este aleteo le sacó de su meditación.

— ¡ Ah ! dijo, pobrecillos : yo os olvidaba, y vosotros os acordáis de mí ; sois mejores que yo.

Cogiendo entonces el pan como lo hacía otras veces, arrojó parte de la miga en el alféizar de la ventana.

Entonces no fueron dos ó tres de los más atrevidos, sino toda la bandada de sus antiguos pensionistas, los que vinieron á picotear la comida que acababa de darles.

— ¡ Libres !... ¡ libres !... ¡ libres !... murmuró Domingo, sois libres, encantadores pajarillos, y mi padre está prisionero.

Y volvió á caer en su asiento, donde permaneció algunos momentos sumido en una profunda abstracción.

Por fin, maquinalmente, tomó la sopa y comió las chuletas con la corteza de pan, cuya miga había dado á los pájaros.

El sol continuaba descendiendo, y su reflejo no doraba ya más que la copa de los árboles y la cima de las chimeneas.

Los pajarillos se habían marchado, y oíase á lo lejos, en los nidos, su continuo piar, que iba apagando lentamente.

Siempre maquinalmente, Domingo extendió la mano y desplegó el periódico.

Las dos primeras columnas contenían el relato verbal de los sucesos de la vispera.

Domingo, que sabía á qué atenerse respecto á ellos por lo menos tan bien como el periódico ministerial, pasó rápidamente la vista por aquellas columnas ; pero llegado á la tercera, tuvo como un desvanecimiento, tembló su cuerpo, agitóle un estremecimiento de pies á cabeza, y un sudor frío inundó su frente.

Acababa de ver repetido tres veces, antes de leer nada, su nombre, ó mejor dicho, el de su padre.

¿ Á propósito de qué se repetía allí tres veces el nombre de Mr. Sarranti ?

¿ Qué tenía que ver el periódico ministerial con su padre ?

El pobre Domingo acababa de sentir una conmoción parecida á la que debieron experimentar los convidados de Baltasar, cuando la mano invisible trazó sobre la pared las tres palabras mortales y ardientes como un alfabeto de fuego.

Frotóse los ojos, como si una imagen sangrienta le cegase.

Trató de leer ; pero el periódico temblaba en sus manos de tal modo, que las líneas se confundían y desaparecían como los reflejos de un espejo que se mueve.

Por fin extendió el papel sobre sus rodillas, lo sujetó por ambos lados con sus manos, y á la última luz del día lo leyó.

¿ Adivináis lo que leyó, no es cierto ?

Leyó el suelto terrible, inserto en los periódicos, y que hemos transcrito en un capítulo anterior.

El suelto en que su padre era acusado de robo y de asesinato.

El trueno no hubiera aterrado más mortal y brutalmente á un hombre, que aterró á Domingo aquella lectura.

Pero de pronto abandonó el asiento y se dirigió á su secreter, exclamando :

— ¡ Oh ! bendito seáis, Dios mío. Esa calumnia, padre mío, va á volver al infierno, de donde salió.

Y de un cajón sacó el papel que ya conocemos, la confesión escrita de Mr. Gerard.

Besó con ardor aquel rollo, que encerraba la vida de un hombre ; más que su vida, su honor.

El honor de su padre.

Lo abrió para asegurarse que era él, que en su precipi-

tación no se engañaba; y habiendo reconocido la letra y vuelto á leer el nombre con que estaba firmado, lo metió en el pecho, salió del cuarto, cerró la puerta, y bajó rápidamente la escalera.

Un hombre subía al mismo tiempo que Domingo bajaba.

Pero éste no hizo caso de él: iba á pasar casi sin verle, cuando se sintió cogido por la manga de su hábito.

Perdonad, señor, dijo el que le detenía, iba á vuestro cuarto.

El timbre de aquella voz hizo estremecer á Domingo: no le era desconocida.

— ¿ Á mi cuarto? más tarde: no tengo tiempo para volver á subir.

— Ni yo el de volver otra vez, dijo el hombre cogiendo el brazo en vez de la manga.

Domingo sintió pesar sobre él alguna cosa, como un profundo terror.

Aquella mano de hierro que comprimía su brazo, le parecía la de un esqueleto.

Trató de ver al que le impedía el paso, pero la escalera estaba á oscuras, y solo un rayo de apagada claridad se filtraba á través de un tragaluz, iluminando un pequeño espacio.

— ¿ Quién sois y qué me queréis? preguntó el monje, tratando de libertar su brazo, aunque en vano.

— Soy Mr. Gerard, dijo el hombre, y vengo por lo que sabéis.

Domingo ahogó un grito.

Pero le parecía aquello de tal modo imposible, que antes de creerlo quiso unir al testimonio de los oídos el de los ojos.

Cogió á su vez al hombre por los brazos y le arrastró hasta el rayo de luz rojiza, único que iluminaba la escalera.

La cabeza del espectro apareció en medio de la luz.

Era, en efecto, Mr. Gerard.

Domingo retrocedió hasta la pared, con la vista extraviada, el cabello erizado y las mandíbulas chocando una contra otra, á impulsos del terror.

Permaneció allí en la actitud del hombre que viera á un cadáver levantarse de su sepulcro, y con voz sorda dejó escapar sólo esta palabra.

— ¡ Vivo!...

— ¡ Vivo!... dijo Mr. Gerard. Dios ha tenido piedad de mi arrepentimiento, y me ha enviado un buen médico, que me ha curado.

— ¡ Vos! exclamó el monje, que creía ser juguete de un sueño terrible.

— Yo sin duda. Concibo que me creyeseis muerto, pero no lo estoy.

— ¿ Y sois vos quien ha venido á verme hoy dos veces?

— Y que vuelve la tercera. Hubiera vuelto diez veces: me importaba, comprendedlo bien, el que no me juzgaseis muerto.

— ¿ Y por qué hoy más bien que otro día? preguntó maquinalmente el monje, mirando al asesino con ojos extraviados.

— Pero, ¿ no habéis leído los periódicos? preguntó Mr. Gerard.

— Sí, los he leído, respondió con voz sorda Domingo, que empezaba á medir el abismo enfrente del cual se hallaba.

— Entonces, si los habéis leído, debéis comprender el objeto de mi visita.

Domingo comprendió, en efecto, y un sudor frío inundó su cuerpo.

— Vivo yo, continuó Mr. Gerard, bajando la voz, mi confesión es nula.

— ¡ Nula !... repitió maquinalmente el monje.

— Sí ; ¿ no está prohibido á los sacerdotes, bajo pena de eterna condenación, revelar el secreto de la confesión, sin haber antes obtenido el permiso del penitente ?

— Vos me habéis concedido ese permiso, dijo Domingo.

— Muerto yo, si ; pero vivo, lo retiro.

— ¡ Desgraciado ! exclamó el monje, ¿ y mi padre ?

— Que se defienda, que me acuse, que pruebe ; pero vos, confesor, silencio.

— Está bien, dijo Domingo, que no podía combatir contra una fatalidad que se presentaba bajo uno de los dogmas fundamentales de la Iglesia ; está bien, miserable, me callaré.

Y rechazando con la mano á Mr. Gerard, hizo un movimiento para subir á su cuarto.

Pero Mr. Gerard se lo impidió.

— ¿ Qué me queréis ? le dijo.

— Lo que quiero, dijo el asesino, es el papel que os he dado en un momento de delirio.

Domingo llevó sus dos manos al pecho.

— Lo tenéis, dijo Mr. Gerard ; está ahí, devolvédmelo.

Y el monje sintió de nuevo sobre su brazo la presión de la mano de hierro, en tanto que el dedo del asesino tocaba casi el manuscrito.

— Sí, está aquí, dijo Domingo ; pero donde está, os juro á fe de sacerdote, que permanecerá.

— ¿ Queréis desmentir vuestro juramento ; queréis, pues, revelar la confesión ?

— Os he dicho que acepto el pacto, y que mientras viváis me callaré.

— Entonces, ¿ por qué guardáis ese papel ?

— Porque Dios es justo ; porque pudierais por accidente ó por justicia morir durante el proceso ; porque, en fin, si mi padre es condenado á morir sobre el cadalso, quiero levantar hacia Dios este papel, diciendo : ¡ Señor, que eres Dios supremo y justo, hiere al culpable y salva al inocente ! Esto, miserable, está en mi derecho de hombre y de sacerdote, y usaré de mi derecho.

Entonces, apartando violentamente á Mr. Gerard, que se había colocado como para estorbarle el camino, subió la escalera, prohibiendo con un gesto impetuoso al asesino que le siguiera : entró en su cuarto, cerró la puerta, y fue á caer de rodillas delante de un crucifijo.

— Señor, Dios mío, dijo ; vos que veis y ois todo ; vos que acabáis de ver y oír lo que ha pasado ; Señor, Dios mío, sería un sacrilegio el mezclar en esto la mano de los hombres, teniendo en la vuestra la justicia.

Después añadió con voz sorda :

— Y si no hacéis justicia, me queda la venganza.

CAPÍTULO IX.

UNA NOCHE EN EL PALACIO DE MARANDE.

Un mes después de los acontecimientos que hemos referido á nuestros lectores en los primeros capítulos de este

libro, el domingo 30 de Abril, la calle Lafitte, ó más bien como se llamaba en aquella época, la calle de Artois, presentaba á los transeúntes, hacia las once de la noche, una animación inesperada.

Imagínese, en efecto, el boulevard de los Italianos y el de los Capuchinos, hasta el de la Magdalena y el boulevard Montmartre hasta el de Bonne-Nouvelle, y por otro lado, paralelamente toda la calle de Provenza y las adyacentes, literalmente inundadas de trenes con brillantes faroles: figúrese la calle de Artois iluminada de un extremo á otro por dos árboles gigantescos, cargados de faroles, que se elevaban á los dos lados del palacio, dos dragones á caballo guardando la puerta, otros dos á la extremidad de la calle que desemboca en la de Provenza, y se tendrá una idea del aspecto que presentaban los alrededores del palacio de Marande, cuando su hermosa dueña ofrecía á *algunos amigos* una de esas reuniones, á que todo París quería asistir.

Sigamos uno de los trenes que están en fila, y entremos con él en el patio de honor del palacio de Marande.

Ahora detengámonos en este patio, aguardando á alguno que nos introduzca, y al esperar, examinemos el exterior del palacio.

Estaba situado, como ya hemos dicho, en la calle de Artois, entre el hotel Cerutti, que, en 1792 había dado su nombre á la calle, y el hotel del Imperio.

Tres fachadas, con la principal, formaban un inmenso rectángulo. En la derecha estaban las habitaciones del banquero; enfrente los salones del hombre político; á la izquierda las habitaciones de esa bella persona, que ya diferentes veces se ha presentado á nuestros lectores bajo el nombre de Lydia de Marande.

Estos tres cuerpos de la casa comunicaban entre sí, de modo que su dueño pudiera verlo todo, así en cualquier hora del día como de la noche.

Los salones de recepción ocupaban el primer piso, enfrente de la puerta cochera; pero en los días de *gran soirée* se abrían las puertas de comunicación, y los convidados podían entonces, sin indiscreción, penetrar en los elegantes gabinetes de la mujer y en los severos despachos del marido.

Todo el piso bajo servía:

El ala derecha, para la cocina y los criados.

El centro, para comedor y vestíbulo.

El ala izquierda, para las oficinas y la caja.

Subamos la escalera de mármol, cuyo centro alfombra un inmenso tapiz de Sallendrouse, y veamos si no existe entre toda la gente que llena las antecámaras un amigo que pueda presentarnos á la dueña de la casa.

Conocemos á los principales convidados, á los fundadores, como se dice; pero no tenemos con ellos confianza bastante para pedirles nos hagan este favor.

Escuchad, los están anunciando.

Lafayette, Casimiro Perier, Royer Collard, Beranger, Pajol, Kœchlin, todo, en fin, lo que representaba en Francia aquella opinión intermedia entre la monarquía aristocrática y la república.

Son los que con la palabra casta en los labios, trabajan sordamente en el gran cambio de 1830; y si entre todos esos jefes de partidos que acabamos de oír nombrar, no ha resonado el nombre de Lafitte, es porque está en Maisons, cuidando, con la abnegación que el ilustre banquero tiene á sus amigos, á Manuel, que se halla enfermo, y que va á morir dentro de poco.

Pero esta vez, ahí hay uno que nos va á introducir. Pasada la puerta, iremos donde más nos plazca.

Ese joven de mediana estatura, más bien alto que bajo, de maneras distinguidas y vestido con elegancia, con ese no sé qué que revela al artista.

Ved : frac verde bronce, adornado con la cinta de la Legión de honor que acaba de recibir ; ¿ por qué influencia ? nada se sabe, porque á nadie lo ha pedido, y su tío es demasiado egoísta para pedirla por él : chaleco de terciopelo negro abrochado con un botón arriba y tres abajo, dejando escapar por la abertura parte de una magnífica chorrera de encaje inglés ; pantalón estrecho, que dibuja una pierna nerviosa y admirablemente formada ; medias de seda negra calada, y zapato con hebilla pequeña de oro, y que ajusta un pie de mujer.

Y sobre todo esto, coronándolo dignamente, la cabeza de Rubens á los veintiséis años.

Creo que le habréis reconocido.

Es Petrus.

Acaba de hacer un encantador retrato de la dueña de la casa. No le gusta hacer retratos ; pero su amigo Juan Robert le ha insistido tanto, que al fin ha accedido.

Verdad es que una linda boca, uniendo sus instancias á las de Juan Robert, le ha dicho una noche, al mismo tiempo que una mano encantadora estrechaba la suya, en el baile de la duquesa de Berry, al que habia sido convidado por no sé qué influencia ; es verdad que una linda boca le habia dicho con encantadora sonrisa :

— Haced el retrato de Lydia, lo quiero.

Y el pintor, que nada puede rehusar á esta linda boca, que es la de Regina de la Mothe-Houdón, condesa Rapp, ha abierto las puertas de su taller á Mad. Lydia de Marande,

que conducida á él su primera vez por Mr. de Marande, el cual iba en persona á dar las gracias al pintor por su complacencia, habia vuelto después, acompañada sólo de un criado.

Concluido el retrato, como no era posible pagar con billetes de banco la amabilidad de un artista como Petrus, ni de un noble como el barón de Courtenay, Mad. de Marande se inclinó al oído del bello pintor, y le dijo :

— Venid á verme cuando queráis ; pero avisádmelo siempre la víspera, aunque no sea más que con una palabra, para que podáis hallar en mi casa á Regina.

Petrus cogió la mano de Mad. de Marande y la besó con tal ardor, que hizo decir á Lydia :

— ¡ Oh, caballero, cómo debéis amar á los que os aman !...

Al día siguiente, Petrus recibió por mano de Regina un afiler de pecho, muy sencillo, que valdria á lo más la mitad del precio del cuadro, doble delicadeza que, con su carácter aristocrático, Petrus supo apreciar en lo que realmente valia.

Sigamos, pues, á Petrus, pues ya veis que tiene derecho para introducirnos en casa del banquero de la calle de Artois, y hacernos atravesar esos salones, en que tantas personas notables nos han precedido.

Dirijámonos á la dueña de la casa ; está allí, á la derecha, en su gabinete.

Al entrar en él, la primera sensación que se nota es la sorpresa.

¿ Qué ha sido de todos los ilustres personajes que han anunciado ? ¿ por qué causa nos hallamos solos con diez ó doce mujeres y tres ó cuatro jóvenes ?

Es porque las ilustraciones políticas vienen por Mr. de

Marande : que Mad. de Marande detesta la política : que declara no tener opinión ninguna ; pero que Mad. la duquesa de Berry, le parece una mujer encantadora, y que le parece que el rey Carlos X ha debido ser un perfecto no-ole.

Pero si los hombres, que no tardarán en llegar, tranquilizaos ; si los hombres, ó más bien los jóvenes están en minoría, en cambio, ; qué cuadro tan deslumbrador que presentan las mujeres !

Ocupémonos antes del gabinete.

Es un bonito salón, que da por un lado á la alcoba y por otro á una galería.

Está vestido de seda azul cielo con adornos negros y rosa, así que los brillantes ojos y los magníficos diamantes de las amigas de Mad. de Marande brillan sobre este azul, como las estrellas en el firmamento.

Pero la que de pronto llama la atención, la de quien particularmente vamos á ocuparnos, la más simpática, si no la más bella, la que más atractivos tiene, aunque no la más linda, es sin disputa la dueña de la casa, Mad. Lydia de Marande.

Hemos trazado, en cuanto nos ha sido posible hacerlo, el retrato de esas tres amigas, ó más bien hermanas de San Dionisio : ensayemos el bosquejar el suyo.

Mad. Lydia de Marande parece apenas tener veintiún años. Es una persona de un aspecto encantador para cualquiera que desea encontrar en la mujer un cuerpo y no un sueño.

Tiene los cabellos de un color encantador ; blóndos cuando los lleva peinados en ligeros bucles ; castaños cuando los lleva en bandó, pero siempre lucientes y sedosos.

Su frente es despejada, inteligente y ágil ; blanca como el mármol, y tersa y brillante como el cristal.

Sus ojos son extraños : ni bien azules ni bien negros, pero participando de estos dos colores ; á veces aparecen con ligero tinte de ópalo ; á veces sombríos como el lapis-lázuli, según la luz que los ilumina ; tal vez, también, según las impresiones del corazón, que les presta vida y animación con sus latidos.

La nariz es fina, un poco remangada y burlona.

La boca grande un poco, pero bien dibujada, fresca como el coral húmedo, riente y sensual.

Sus labios, un poco abultados y de continuo abiertos, dejan ver la extremidad de una doble fila : perdonad esta palabra clásica, pero no hallé otra que exprese mejor mi pensamiento, la extremidad de una doble fila de perlas.

Si sus labios se cierran, dan al juntarse, á toda la parte superior del rostro, un aspecto soberbiamente desdeñoso.

La barba era coqueta, pequeña y rosada.

Pero lo quedaba á este rostro su belleza real, su verdadera fisonomía, su carácter casi original, era esa vida temblona y movable que parece circular con la sangre bajo la piel ; era ese tinte tan vivo ; esas mejillas, ligeramente nacaradas, coquetamente rosadas, que tenían á la vez la transparencia en que se adivina á la mujer del Mediodía, y la frescura en que se reconoce á la mujer del Norte.

Así que, bajo un manzano en flor, vestida con el traje encantador de las mujeres del país de Caux, una normanda hubiera dicho que era compatriota suya.

Balanceándose en una hamaca á la sombra de un plátano, una criolla de la Martinica ó de Guadalupe la hubiera creído hermana suya.

Hemos dicho más arriba, que todo el cuerpo que sostenía

esta encantadora cabeza estaba dotado de cierta gordura ; pero esta gordura, que era justamente la de la mujer de Albano, sin llegar á la de Rubens, lejos de ser una falta, era en ella en extremo seductora.

Más que seductora, voluptuosa.

En efecto, una garganta y un seno lascivo, que parecía no haber sentido jamás el *carcere duro* del corsé, se alzaba á cada respiración á través de una nube de gasa, semejante á los pechos de las hijas de Sparta y Atenas, que servían de modelos á las Venus y Hebes de Praxiteles y Fidias.

Si esta radiante beldad que acabamos de descubrir tenía sus admiradores, en revancha tenía también sus enemigos y sus detractores.

Enemigos lo eran casi todas las mujeres, detractores lo eran todos aquellos que creyéndose llamados, no habían sido elegidos, eran éstos los amantes rechazados, y los elegantes de cerebro vacío que no comprendían, que una mujer dotada de tan ricos tesoros, pudiera ser avara de ellos.

Mad. de Marande, pues, había sido más de una vez calumniada, y sin embargo, al conservarla esa deliciosa seducción de la mujer la debilidad, apresurémonos á decir, que pocas mujeres habían merecido menos que ella el ser calumniadas.

Así que, cuando el conde Herbel, como verdadero volte-riano, había dicho en el capítulo que hemos titulado : *Conversación entre un tío y un sobrino* : « ¿ Qué es Mad. de Marande ? Una Magdalena en posesión del marido é incapaz de arrepentirse (1) : » á nuestro entender, el general ha-

(1) Esta traducción no es exacta : su original es el siguiente calembourg francés : « Une Madeleine en puissance de mari, et en impuissance de repentir. »

bia dicho mal, y más tarde diremos de qué manera gramatical hubiera debido colocar las palabras *potencia é impotencia*, si hubiese querido hablar correctamente.

Y como muy pronto se verá, Mad. Lydia de Marande, de todo tenía menos de Magdalena.

Pero puesto que creemos haberla dado á conocer suficientemente, acabemos de describir la habitación, y de hacer ó renovar conocimiento con las personas que momentáneamente le ocupan.

CAPÍTULO X.

DONDE SE HABLA DE CARMELITA.

Hemos dicho que se hallaban en medio de aquel círculo de mujeres cuatro ó cinco hombres solamente.

Aprovechémonos de que la reunión no sea más numerosa, para mezclarnos en esa conversación de los salones, que de ordinario emplea tantas palabras para decir tan poco.

El más bullidor de estos cinco privilegiados del gabinete, era un joven á quien hemos visto ya en dolorosas ó siniestras circunstancias. Era Mr. Loredán de Valgeneuse, que de tiempo en tiempo, en cualquier sitio del gabinete que se hallase, y hablara con cualquier mujer, cambiaba una mirada rápida como un relámpago, y de una extraña significación con su hermana Mlle. Susana de Valgeneuse, la *amiga* de pensión de la pobre Mina.

Mr. Loredán era un verdadero caballero de salón. Ningunos labios sabían sonreír mejor, ninguna mirada sabía complimentar como la suya.